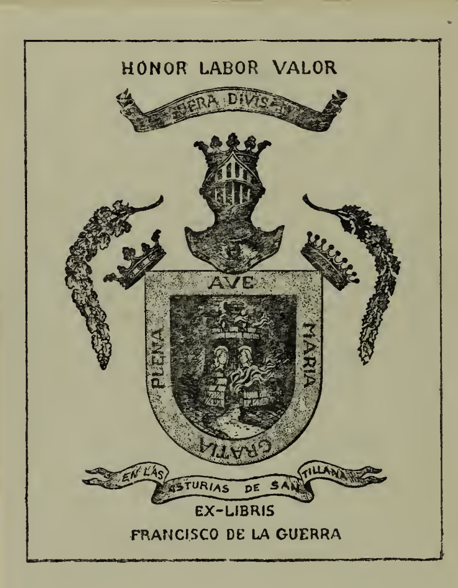





HONOR LABOR VALOR
AVE
MARIA
GRATIA
PLENA
EN LAS
ASTURIAS DE SAN
TILLANA
EX-LIBRIS
FRANCISCO DE LA GUERRA

MEMORIA

Sobre la inexistencia del estado de las encias considerado como signo precursor *y pathognomónico de la* fiebre amarilla *(vómito prieto); y sobre la preferencia que merece relativamente al diagnóstico de esta enfermedad, la inspeccion de la membrana mucosa labial y bucal, por José Maria Sentis, doctor en medicina de la universidad y facultad de Montpellier.*

Utinam tam vera invenire possim, quam falsa cognoscere.
CICERO. *De natura Deorum.*

Una enfermedad conocida, es una enfermedad medio curada, decian los antiguos (1). Esta proposicion que seria ridículo admitir de una manera absoluta, puesto que hay casos en medicina evidentemente fuera de los recursos del arte, sirve bastante para dar á entender toda la excelencia del *diagnóstico* en las afecciones morbosas; excelencia que adquiriria un nuevo grado de fuerza y estension, si se tratara de algunos medios capaces de hacerlas preveer, sobre todo, aquellas que no siendo incurables, pero sí obscuras en su incubacion (2), atacan la vida en su principio y en su esencia, por decirlo asi, y minan sordamente la economía, antes de manifestarse al esterior: tal es, y mas

(1) En este mismo sentido Stoll ha dicho; *Medicus sufficiens ad morbum cognoscendum, sufficiens est ad curandum.*

(2) Hay en efecto casos en que parece que esta incubacion tiene lugar; mientras hay otros en que evidentemente no es posible.

particularmente que cualquiera otra la conocida con el nombre impropio de fiebre amarilla. Desde luego se deja percibir el alto interes que presentaria en una enfermedad tan insidiosa y tan terrible, un signo que en medio de las falsas apariencias de la salud, de una engañosa seguridad, y de aquella calma profunda precursora de la tempestad, en fin, lejos de todo motivo inminente de temor, viniese á despertar la prudencia adormecida sobre el borde del abismo, y le mostrase al mismo tiempo á lo lejos, la esplosion que se preparaba, y que una vez declarado el mal lo hiciera reconocer con certidumbre, permitiendo en consecuencia medir, para esplicarse de este modo, su estension y sus grados. Bajo el primer punto de vista, que sin duda es el mas asombroso, me parece ver aquella mano misteriosa que vino en otro tiempo á trazar los caracteres amenazantes de muerte al seno del descuido de la alegria y de los placeres.

Si se llegase á obtener esta facultad de prevision, esta certidumbre del diagnóstico, el arte que las procura y hubiera enriquecido con ella su dominio, se hallaria por su medio elevado al primer rango de los conocimientos humanos, el médico encontraria en las mismas una fuente de confianza de triunfos y de sucesos tan consoladores como lisongeros para su amor propio; con ellos se veria librado de aquel trabajo mental ignorado del vulgo y de los detractores de la medicina, tan dificil, tan penoso, tan complicado y que debe ser tan pronto en una enfermedad que marcha con una rapidez increible, el infeliz amenazado de la terrible enfermedad le seria deudor de una claridad y de un terror saludable; mientras la espada de Damocles estuviese suspensa sobre su cabeza, él la veria, podria substraerse á sus cortes, y no deses-

peraria de librarse, aun cuando ya estuviera herido. La *fiebre amarilla* mejor que ningun otro mal, reclama en efecto la aplicacion de este principio, *principiis obsta*, y de él pueden esperarse útiles resultados.

Yo creí algun tiempo bajo la buena fé de las palabras de otro la existencia de un semejante signo, esto fue á mi llegada al territorio mexicano: se estaba entonces en Veracruz en todo el fervor de esta nueva creencia, no cesaba de hablárseme de ella y de contárseme las maravillas y los prodigios en que estaba fundada: no pude resistir á un tan general impulso, y pagué un tributo de admiracion á aquel á quien el entusiasmo y el reconocimiento público señalaban como su autor, á quien habia hecho lucir la claridad de su genio en un abismo de obscuridad y de horror: lo confesaré; yo lo ví desde este instante en la historia entre los mortales privilegiados de quienes ella celebra los beneficios: colocado yo mismo muy poco despues en calidad de médico en el teatro en donde se habian hecho tan bellos descubrimientos, me felicité de poder aprovecharlos para el bien de la humanidad y de recoger para mi particular sus preciosas y útiles ventajas. ¿Pero lo diré...? Yo observé sin cesar con la mas religiosa esactitud, y antes que la tempestad se hubiese descargado, á los desdichados que ella amenaza de una manera particular y sobre los que parece ejercer una funesta predileccion: tal como un navegante inquieto y temeroso, todas las facultades de mi alma parecian concentradas sobre el nuevo horizonte de donde yo esperaba una profética luz; pero ¡ay de mí! el golpe estaba dado sin que hubiera podido preveerlo de ningun modo! Ví tambien y observé con una atencion no menos escrupulosa la cruel enfermedad en todos sus periodos y

bajo todas las formas de que puede revestirse este nuevo Protéo. En mis incertidumbres, en mis ansiedades, mas de una vez solicité el hilo saludable que debia guiar y afirmar mis pasos; ó no lo encontré, ó hallé en su lugar una sombra vana, una sombra propia solamente para estraviarme. Así se disipó una de las mas dulces ilusiones de nuestra arte, asi fuí cruelmente desencantado. Entonces me convencí de que solo era efecto de buenas intenciones lo que habia creido gloriosos resultados.

He guardado silencio largo tiempo sobre la triste suerte que un descubrimiento tan proclamado habia tenido entre mis manos; mientras que la atencion general y la solicitud del gobierno se fijan sobre este siniestro fenómeno y sobre todos los medios capaces de conjurarlo ó de combatir sus consecuencias, mi deber ya no es dudoso. Si es verdad que la mision del médico sea procurar el bien, él la llena igualmente descubriendo verdades útiles, y señalando errores que pueden venir á ser fatales, esto es impedir siempre que la luz se quede oculta bajo la bóveda. En los errores de que se trata debo decir que no hay ni aun la triste ventaja de poder mirarse como una de aquellas opiniones puramente especulativas que no son de consecuencia para la práctica; por el contrario, se ha puesto una falsa brújula en manos del navegante, se han presentado á sus ojos fuegos errantes para guiarlo en un mar lleno de escollos: debo pues manifestar el peligro de unas y otros porque puedo hacerlo (1): toda consideracion de personas ó

(1) Este es el caso de poder decir con Luis de Leon,

Pluguiera á Dios que fuera
Igual á la esperiencia el desengaño,
Que daroslo pudiera:

de circunstancias particulares debe sucumbir ante la omnipotente de la verdad: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.* ¿Pero cuál es el pretendido signo? ¿En qué consiste? ¿Qué es lo que lo motiva? ¿No se le puede preferir otro? ¿Cuáles son las consecuencias que se pueden sacar de él y los resultados á que puede dar lugar?

Para responder á la primera cuestion, se sabe que el sr. Foureau de Beauregard que ha observado la fiebre amarilla cómodamente y á distancia, quiero decir, sin salir de su gabinete, bastante lejos del teatro donde ella ejerce sus estragos, la ha colocado entre las afecciones puramente hemorrágicas al lado del escorbuto, comparacion á la que, á pesar de algunas señales comunes á uno y otro mal no se puede conceder el mérito de una perfecta esactitud; no hay entrambas el *adecuata*, para servirme de las espresiones de la escuela.

Seducido de las ideas de aquel autor, y puesto segun dice, en la via de las mismas conclusiones por algunos hechos el sr. Chavert creyó por inducciones analógicas que el estado de las encias podia consultarse útilmente, y establece en efecto, fundándose en su esperiencia y observaciones hechas en el año de 28, que debian mirarse como una especie de termómetro por medio del que, no solo se facilitaba diferenciar la fiebre amarilla de cualquiera enfermedad que presentara alguna analogía con ella, sino pronosticarla muchos dias antes. El borde libre de las encias solo para él es todo el caudal de los medios proféticos y diagnósticos: he aqui el lugar de la escena, he aqui

Porque si no me engaño,
Naciera gran provecho de mi daño.

el punto de mira del observador. ¿Este borde empieza á inyectarse, y presentar un segmento lineal y rojizo? la fiebre amarilla está en perspectiva (1). ¿Se aumenta ó se hace mas general al mismo tiempo que se desenvuelven síntomas inflamatorios? la fiebre amarilla ha comenzado y crecerá con esta enfermedad la rojura gengival simultáneamente y en razon directa y recíproca, hasta que la segunda venga á perderse sobre toda la superficie invadida siguiendo algunas veces una marcha retrógrada, segun la cual ella se estingue, y la otra se termina por la muerte ó por la salud. Segun esto, si se quiere averiguar el estado de un individuo que aunque nada padezca teme ser atacado de la fiebre amarilla y desea saber si se halla en la ocasion próxima, no hay mas que mirarle á las encias. *Liber scriptus proferetur, in quo totum continetur.* Puede decirse que se ha leido el libro del destino, y en seguida profetizar con toda satisfaccion y seguridad de conciencia. Si el individuo está enfermo ya, y quiere saber de qué enfermedad, invóquese el mismo testimonio : *Este oraculo es mas seguro que el de Calcás.* Si el círculo terrible existe, el enemigo se ha apoderado de la plaza, ha enarbolado sus colores, y es preciso darle el asalto mas terrible, es decir segun la práctica ordinaria golpear á tontas y á locas, y aniquilar como caiga al uno ú al otro; pero si el arco (que no es sin duda el de la

(1) El Doctor Chavert habla á la verdad de un color violado, pero es tan raro en cualesquiera caso que sea, que no puede ser considerado sino como una escepcion y de que por esta razon no he creido deber hacer aqui cuenta: tampoco hablaré del punto intermediario de los dientes siendo esta circunstancia dependiente del segmento lineal por la conformacion misma de las encias; y de consiguiente no tiene mas valor.

alianza) no aparece, es física y moralmente imposible que el mal provenga de la fiebre amarilla, ella no es capaz de faltar á sus colores. Galeno, Solano de Luque, Bordeu, Fouquet que vieron tantas cosas en el pulso, ¿obtuvieron jamás resultados tan admirables?

Por lo demas el sistema gengival tuvo desde su aurora en Veracruz una fortuna brillante y digna de sus mágníficas pretensiones. Los infelices que llegaban no aclimatados, hacian de sus encias el objeto de una continua inquietud, se las miraban, se las observaban sin cesar. Se encontraban, su primera ojeada era sobre las encias, su primera pregunta ¿cómo va de encias? tal era la fórmula usual de sus primeros cumplimientos: profetizaban despues á porfia el porvenir. Habia profetas de todos géneros, grandes y pequeños; por lo que á mí toca, creí á favor de mi título y rango de doctor poder ser de los primeros; pero bien pronto me salieron fallidas mis altas pretensiones, y me coloqué modestamente entre los segundos, hasta que por fin me convencí demostrativamente que no era sino un falso profeta; de aqui á no serlo del todo, el paso fue rápido y fácil. Veamos ahora por qué grados y de qué modo se produjo un tal cambio.

El primer individuo que vino á mi cuidado en el hospital militar de Veracruz al principio de los calores por una afeccion que podia dudarse si era ó no el vómito, fue un dragon: se hallaba en él el signo sacado de las encias en el mas alto punto de perfeccion, aun en la opinion del practicante mayor que habia seguido las observaciones del Sr. Chavert y que me habia sido recomendado por este médico como perfectamente impuesto en su doctrina para el ca-

so de que se trata. El no dudaba que la enfermedad que se ofrecia á tratar era fiebre amarilla, y se empeñaba en persuadírmelo. Yo por muy bien dispuesto que estuviese en favor del fundamento de este diagnóstico, á saber, el signo (era un verdadero creyente entonces, pues que descansaba sobre la fe de otro), no pude hacer el sacrificio del valor que habia adquirido en mi opinion el grito particular de los órganos que padecian, ó si se quiere, de aquel presentimiento que parece ser el resultado del instinto médico mejor que del raciocinio, segun lo cual crei reconocer una *Gastro-cefalitis:* el tratamiento fue consecuente al diagnóstico, y asi las sangrías, las sanguijuelas, el régimen antiflogístico en una palabra, terminaron la fiebre amarilla sin dejar que pudiese suponerse la mas ligera traza de ella: el individuo salió con grande asombro mio y del practicante mayor, presentando las encias poco mas ó menos en el mismo estado en que las observamos al principio: mi fe, sin ser absolutamente alterada por este pequeño descalabro, dejó sin embargo la puerta abierta á la duda y al exámen. Debo añadir aqui, que el mismo sugeto volvió muchas veces al hospital para curarse de fiebres intermitentes sin ningun cambio en el estado de las encias arriba señalado.

Dos ó tres dias habian pasado apenas despues de su primera salida, cuando fui llamado para asistir en la ciudad á un niño de unos doce años recien llegado de un pequeño lugar á diez y ocho leguas de Veracruz y situado sobre el litoral de donde el paciente era nativo y habia continuamente residido hasta poco antes de la época de que se trata; estaba en el tercer dia de su enfermedad, tenia el pulso lleno, fuerte, acelerado, la piel caliente y deliraba

(1): las circunstancias del lugar del nacimiento y de la habitacion del niño, la estraordinaria blancura de su lengua, labios y encias alejaron de mí, con las ideas que entonces tenia, toda oposicion de fiebre amarilla: por la mañana el pulso habia caido, la piel estaba fria, tenia abundantes evacuaciones por el recto, de una sangre negruzca y desagregada en sus principios constituyentes; en fin, los síntomas mas evidentes de la fiebre amarilla en su segundo periodo, y mi fe recibió entonces un verdadero toque.

Sin ir mas lejos, y sin que se me pueda acusar de concluir del particular al general, ¿cuáles debian ser en efecto las consecuencias que habia que sacar de estos dos hechos, los primeros que se presentaron á mi observacion sobre el particular de que me ocupo? En el primero se ve un estado de encias que parece podér servir de tipo al pretendido signo patognomónico de la fiebre amarilla, y sin embargo se evidenció que era otra enfermedad del todo diferente, á mas de esto, el mismo estado se prolonga aun en el de salud; es pues falso que el círculo rojo gengival sea absolutamente en todas las circunstancias un signo característico de la fiebre amarilla inminente ó declarada: y si no lo es siempre, yo pregunto, ¿qué podrá hacer conocer al práctico si el caso que observa y en el que le importa fallar debe referirse á la excepcion ó á la regla general? sobre todo, cuando para realzar el mérito del signo en cuestion se ha tomado la precaucion de destruir el valor de cualquiera otro, objecion que en su última parte nada debe perder de su fuerza como *argumentum ad*

(1) La presion abdonimal no fue practicada, y lo hubiera sido inutilmente por estar el centro nervioso cerebral fuera de poder percibir las sensaciones correspondientes a la especie de vida que preside.

hominem y bajo el punto de vista de mi argumentacion: ¿se ha fijado solamente la proporcion numérica, á lo menos aproximativa de la una con respecto á la otra (1)? Todo esto sin embargo es impor-

(1) Se me puede reprochar que el señor Chavert no ha dado al público hasta ahora sobre el signo en cuestion mas que dos especies de circulares para señalarlo simplemente a la atencion de los cirujanos de la costa y de la marina, y a los capitanes de buques, y que este no era lugar para profundizar la materia. Aun cuando esta razon fuera fundada, puedo siempre descargar los mismos reproches: primero, sobre ciertos puntos de la doctrina de este autor conocidos del público, y sobre sus deducciones legítimas: segundo, sobre la imposibilidad en que se halla, como resulta de su misma confesion, de las relaciones que se me han dado en el hospital militar de Veracruz, y de la propia evidencia de los hechos, de poder llenar las condiciones que se han de exigir del que quiere acreditar un descubrimiento de tanto interes como el de que se trata. Fue en efecto solo en fines de la epidemia del año de 28 cuando el señor Chavert creyó vislumbrar que cierta condicion de las encias podia suministrar medios *prognósticos* y *diagnósticos* de la fiebre amarilla; pero segun lo espresó mas de una vez con mucho sentimiento, no eran suficientes sus observaciones para comprobarlo de un modo incontestable, por no haber sido bastante numerosas y repetidas a lo menos en diversas circunstancias de tiempo; lo que es indispensable y principalmente en las enfermedades epidémicas que presentan alguna novedad casi cada vez que se manifiestan. Cuando mas habia *presuncion* favorable, pero nada de *conviccion:* fundandose pues en esto, se me convidó cuando fui a tomar posesion de mi encargo para que diera la mano a la aclaracion de este punto litigioso, y me manifestó el deseo que tenia de ir él mismo a continuar sus observaciones, y en efecto vino algun tiempo despues con esta intencion a Veracruz; pero como no vió entonces la *fiebre amarilla*, y que desde la época de que se trata no se ha presentado a su examen casi ningun caso de esta enfermedad, resulta evidentemente lo que está en el sentido de mi tésis, que por lo que toca a su esperiencia personal, el señor Chavert no puede enunciar mas que dudas, mas que sospechas sobre el particular, y que está en la imposibilidad, cualquiera que sea la for-

tante saberlo para la práctica, pues que el tratamiento es la consecuencia inmediata y la suerte del enfermo la última, y seguramente los medios indicados para la fiebre amarilla, sobre todo en su segundo periodo, no son los que reclaman las enfermedades que pueden equivocarse con ella en el primero (1). Si se me responde que en este segundo periodo el estado de *colapsus* y de resolucion en las fuerzas musculares que generalmente sucede, el estado particular del pulso y del cutis &c., caracterizan entonces bastantemente la enfermedad, yo objetaré que esto no es siempre tan claro como se pretende, y que aun cuando fuese universalmente verdadero, nunca dejaria de resultar que las encias solas no suministran siempre indicios ciertos, lo que basta por ahora; mas adelante habrá ocasion de convencerse que estos pretendidos indicios son absolutamente nulos de toda nulidad.

En cuanto al segundo hecho inverso del primero, pero su complemento para lo que intento probar, ¿qué nos prueba sino que la fiebre amarilla no está necesariamente señalada siempre por el estado descrito de las encias? Un solo caso tan notable como este basta para establecer este principio. Si pues se insiste en que no hay fiebre amarilla cuando no hay signo gengiral, es constante que la enfermedad puede pasar de *incognito*, y lo que es peor, tratarse to-

ma de la obra *in fieri* de responder *exprofeso* ó no, á las dificultades propuestas y de llegar a sus fines.

(1) Quiza podria establecerse con no menos fundamento que los medios indicados para la fiebre amarilla, *aun en su primer periodo*, despues del uso prévio en muchísimos casos de ella, de los antiflogísticos mas enérgicos desde los primeros momentos de su invasion, difieren bastantemente de los que reclaman las enfermedades que con ella tienen, segun parece, cierta analogía en este mismo periodo. Pero no es aqui el lugar de desenvolver esta idea.

do al contrario de lo que se debia. ¿Cuántas veces puede esto suceder? ni aun se ha tomado el trabajo de hacerlo conocer. Yo que comenzaba hubiera deseado saberlo para estar sobre los estribos: otros muchos acaso se hallarán ó podrán hallarse en las mismas circunstancias. Dirán que esta es una excepcion, y en efecto lo es en el sentido en que yo he hablado; pero como de esta manera se pueden eludir todas las dificultades posibles, un espediente semejante, muy bueno y cómodo en un momento de embarazo no presentará en último análisis sino un valor quimérico mientras no se le diere el apoyo mas sólido. En verdad, si yo me engaño debo tenerme por muy desgraciado de que fueron tan malas las primeras impresiones que recibí y de no haber podido comenzar como ordinariamente sucede, pues la marcha comun es, pasar de las reglas á las excepciones; mas felizmente veremos que no paró aqui, á medida que adelantaremos. Asi pues, por una parte *existencia del signo de las encias sin fiebre amarilla*, y por otra, *existencia de este sin aquel:* he aqui las *premisas* de nuestras observaciones desde nuestra entrada en la carrera; mucho hemos visto y aprendido mucho en poco tiempo. Continuemos.

Hasta aqui siguiendo una marcha lógica, y no mirando en los hechos sino lo que ellos presentan; siguiendo al mismo tiempo un órden histórico, bien se ve que hay ya *presuncion legal*, si puedo esplicarme asi, contra la existencia del signo de las encias; pero no hay *conviccion:* algunos ejemplos del género de los que acabo de citar vinieron de tiempo en tiempo y cada vez mas á dar una nueva estension á este principio de pruebas. En fin, el arribo de las tropas que debian rechazar la invasion es-

trangera, el de un número de espulsos españoles y de hombres destinados á galeras en Veracruz, me suministraron los medios de completar aquellas por numerosos objetos de observacion. El hospital militar de S. Cárlos estaba lleno de enfermos, la mayor parte hechos presa de la fiebre amarilla ó de afecciones inflamatorias que presentaban con ella muchísimos puntos de contacto: mi práctica en la ciudad me ofrecia tambien un gran número de individuos que se hallaban en el mismo estado. ¡Cuán importante me era en estas circunstancias tan penosas y dificiles hallar un signo cierto que me impidiese alucinarme! ¡Con qué ardor lo deseaba y con qué buena fe lo buscaba! Habia dejado de ser exigente, y me habria contentado con la mas débil luz de un indicio cualquiera; pero me fue preciso renunciarlo: no me quedaba mas, imaginando lo que no existia, que abrazar advertidamente *la nube por Juno*, (y no me conocia capaz de esta fuerza de ilusion) ó volverme á otra parte, lo que hice con algun suceso. De este modo espiraron bajo el peso de la evidencia los últimos restos de mi creencia primitiva: ya no combatia mas, cuando se presentaron dos circunstancias bastantes á afirmarme en mis nuevas ideas y dignas de colocarse aqui.

Hallándome un dia en el hospital militar con el señor Chavert, se me anunció la llegada de un enfermo: inmediatamente me dirigí á él y despues de haberlo examinado con bastante atencion, creí reconocerle la fiebre amarilla: le ordené el tratamiento conveniente á pesar del estado negativo de las encias, ellas en efecto tenian una palidez notable, se la hice advertir al señor Chavert, quien habiéndola observado, fiel á sus principios, no convino conmigo

sobre la naturaleza de la enfermedad; pero yo fundado en los hechos precedentes, insistí en mis primeras ideas: por la mañana, la caida del pulso, la naturaleza de las evacuaciones de vientre, el color y el frio de la piel vinieron á demostrarme demasiado la esactitud de mi diagnostico. El practicante mayor estuvo en todo perfectamente y quizo que diese parte al señor Chavert, pero yo no lo juzgué conveniente por esta vez.

Este mismo médico fue llamado en la ciudad para asistir á una señora venida de Marsella á la república con su marido, capitan de navio, por el consejo de muchos médicos que le aseguraron que un viage de mar podria ser útil á su salud: ella estaba en efecto lánguida haeia mucho tiempo, desde su llegada su situacion se habia exasperado, y como el borde libre de las encias dejaba percibir alguna rojura, el señor Chavert no dudó en pronunciarse francamente en favor de la fiebre amarilla, y arregló en seguida sus prescripciones ordinarias sobre esta indicacion. La señora murió: habiendo hecho la autopcia cadavérica, averigüé y referí en el proceso verbal que hice, una gastritis de las mas intensas con supuracion de la mucosa estomacal sin el mas ligero indicio de fiebre amarilla, ni aun de tisis pulmonar á la que el señor Chavert habia atribuido los esputos purulentos, cuyá causa, segun él, habia venido á complicar la enfermedad y á darle un carácter mortal (1).

Nada quedaba de todo lo demostrable tan suficientemente probado, segun lo espuesto, como la nulidad

(1) Nótese en este caso de fiebre amarilla la coexistencia de una gastritis con el signo de las encias, para deducir de ello legítimas consecuencias.

física ó moral del signo en cuestion; he querido sin embargo considerar este objeto bajo un nuevo aspecto, quiero decir, en el estado fisiológico con el fin de dar á mi opinion toda la sancion posible y el complemento de pruebas de que era susceptible. Al intento me dirigí á las salas de cirujia, que estando bien provistas y no presentando los individuos contenidos en ellas, sino casos de lesiones esternas, muy ligeras y casi sin ningun influjo sobre la salud general, eran bastantes á llenar mis miras: asi pues fui á buscar en ellas el objeto de mis observaciones, y haciéndome acompañar del practicante mayor, revisé cuidadosamente el estado de las encias de todos y cada uno de dichos individuos, notándolo á mi asociado á quien exigia su juicio: el resultado de tales investigaciones de acuerdo de ambos, fue que de los dos tercios, al menos, de aquellos hombres sometidos al exámen, presentaron en un alto grado el signo indicado por el señor Chavert; con la circunstancia de que algunos de ellos habian padecido ya la fiebre amarilla, otros estaban aclimatados y algunos eran de paises calientes. Yo no sé si el signo en cuestion requerirá para apreciarse, como sucede en el magnetismo animal, relaciones simpáticas y misteriosas entre el observador y el observado. A no ser esto, y que mi sola presencia bastase para desvanecer el encanto, debe concedérseme la razon contra aquellos cuyas ideas combato, pues que el practicante mayor, que segun el señor Chavert tenia una estraordinaria facilidad para conocer el signo, cuando me acompañaba, veia lo mismo que yo.

Entre tanto las tropas nacionales victoriosas en Tamaulipas desembarcaron en Veracruz, donde vieron sus laureles cargados de cipreses por las mas terri-

bles plagas: sucumbiendo en efecto á privaciones y fatigas de todo género, el número de los enfermos fue tal, que no bastó el hospital militar para darles asilo: muchísimos fueron afectados de la fiebre amarilla, presentándose esta enfermedad en la mayor parte con anomalias tan notables, que era dificil caracterizarla. Se entiende que no hablo de los individuos que entre estas tropas eran de los nativos ó aclimatados en las tierras calientes: estos no presentaron sino fiebres intermitentes, tan fáciles de conocer como de curar. Para no anticipar me bastará hacer notar aqui, que la blancura y el estado casi natural de los labios, lengua, encias y mucosa bucal, era general: procuraré dar una razon fisiológica de esta particularidad bien notable, á lo menos por su frecuencia.

Por ventajoso que sea arrancar la cizaña que se ha sembrado en el campo de una ciencia tal como la medicina, es siempre triste dejar el lugar vacio y no llenarlo con algunas producciones útiles. ¿Habrán tenido mis cuidados una suerte mas feliz? Si el resultado ha excedido mis esperanzas, ha estado muy distante de igualar mis deseos. Segun esto no se espere pues que pueda proponer cosa que tenga el menor valor de signo precursor: es dudoso aun que pueda jamás llegarse á un punto semejante; sobre todo, cuando se sabe que la enfermedad invade muchas veces á las personas no aclimatadas en el mismo momento de su llegada á los paises donde reina: tampoco daré á conocer un signo verdaderamente patognomónico, un signo que sea constante é infalible en todos los casos: semejante descubrimiento me dejaria poco que desear y seria mucho mas precioso que lo que se piensa; pero á pesar de los límites tan estrechos á que me reduzco, me lisongeo de que se mi-

rarán con algun interés los medios que pueda yo dar al práctico en un gran número de casos (los dos tercios ó poco mas) para fijar la incertidumbre de su juicio: muy comunmente, en efecto, cualesquiera que sea su esperiencia y su sabiduría, le es imposible determinar si la enfermedad que va á tratar es una fiebre amarilla. ó una de aquellas enfermedades de dudoso asiento, ó mejor una inflamacion del sistema circulatorio que se puede llamar, segun la nomenclatura de Pinel, *fiebre inflamatoria* ó *angioténica*; ó bien una *cefalitis*, ó una *gastro-enteritis* simple ó complicada &c. ¿Provendrá esto de que la fiebre amarilla inflamatoria en su principio es general y no se localiza sino despues en tal ó tal órgano segun la idiosincracia del sugeto ó el genio de la epidemia? ¿De que los síntomas simpáticos oscurecen los locales que aun faltan algunas veces completamente; ó de que, en fin, no se ha señalado hasta ahora ningun signo verdaderamente patogriomónico de la fiebre amarilla de tal suerte que reviste una fisonomía particular y colores característicos, sino consecutivamente y en el segundo periodo? Sea de esto lo que fuere, me ha parecido que la mucosa bucal y labial podia suministrar preciosos indicios al intento; no por su color, sino por una materia negrusca bajo la forma de costras pequeñas que se presentan en la fiebre amarilla y no son mas que sangre desecada: este fenómeno que no se ha señalado hasta hoy, á lo menos que yo sepa por ningun autor ó ningun práctico, se deja ver por lo general el segundo dia, principalmente ácia el ángulo de los labios en su borde interno superior, algunas veces en los mismos dientes ó en una parte cualquiera del interior de la boca, circunstancia que demanda una atencion minuciosa en este género de

investigacion. ¡Cuántas veces esta sola señal ha sido para mí un rayo de luz que me ha guiado en el conocimiento de la enfermedad! ¡Cuántas veces le he debido la conservacion de aquellos que lo han ofrecido (1).

He hablado ya de la anomalía que presentaba la fiebre amarilla en un gran número de militares á su vuelta de Tamaulipas, pues puedo asegurar, que muy comunmente no he tenido otro indicio para distinguir esta enfermedad en ellos de la enteralgia con que parecia confundirse. Podré citar á este fin la observacion de un oficial jóven mexicano que habiendo caido enfermo me llamó para consultarme sobre su estado sin que me hubiese sido posible formar un juicio esacto en el particular: él no tenia dolor de cabeza, aunque la enfermedad estaba en su principio, poca ó ninguna fiebre, lengua natural, sed poco intensa, dolores de entrañas violentos que se exasperaban por intervalos: mientras que yo lo esploraba percibí algunas manchas negruscas en el ángulo de los labios, inmediatamente fijé mi diagnóstico y el tratamiento curativo: por la mañana la enfermedad se habia revestido de las formas menos equívocas; pero yo me previne con tiempo y el enfermo se salvó: despues he visto en México á este oficial (2).

(1) Debo notar aqui, que habiendo observado el signo en cuestion solo en una epidemia, no puedo hablar de él con tanta certeza, como sucediera si lo hubiera advertido en muchas. Cada una tiene un genio particular por decirlo asi con los antiguos: para que quede pues el caso completamente aclarado, lo estoy señalando á la atencion de mis compañeros y apelo á sus investigaciones. Se trata de saber *si es siempre tan general como lo he visto, y si se puede dar lugar á los mismos resultados y á las mismas conclusiones.*

(2) Siento mucho el verme privado de otras varias observacio-

Tan multiplicadas investigaciones y hechas comparativamente en individuos de raza indiana y en otros de especie blanca, me han conducido á otro resultado, á saber, el de poder resolver una parte del problema relativo á la existencia del segmento rojizo del borde libre de las encias. Me he convenido en efecto que los primeros, sin haber casi habitado los paises calientes presentan en muchos casos esta particularidad, que ella es mas frecuente y pronunciada en los que han residido mucho tiempo, ó que son nativos de dichos paises, y que se desenvuelve especialmente en las enfermedades que tienen por principio la irritacion, con algunas excepciones que esplicaremos mas adelante; á lo menos por lo que toca á la fiebre amarilla. ¿Es, á mas de lo que se acaba de referir, un estado particular del sistema de las encias, las cuales en ciertas circunstancias dejan bajar una cantidad de la sangre que les penetra á las partes mas declives por faltarles la competente resistencia, el que dá lugar á tal fenómeno? Es un vicio general de los sólidos y de los líquidos en un estado general de debilidad directa ó indirecta para valerme de las palabras de Brown? ¿Es el efecto local de los excitantes como el chile, el tequesquite, el humo del tabaco, ó una disposicion al escobuto (*sin entenderse que hablo del escorbuto declarado, pues que en este caso toda la superficie de las encias está invadida*)? ¿Es una turgencia del sistema capilar de la cara y sus dependencias como sucede en varias enfermedades del corazon? ¿Es un estado escrofuloso? ¿Es la falta de lim-

nes que habia hecho, y el no haber podido hacer otras por varias circunstancias dificiles en que me encontré y que es inútil referir aqui.

pieza en los dientes y la acumulacion del tártaro en su cuello? ¿Es la irritacion de la mucosa intestinal fomentada por una nutricion incendiaria y principalmente cuando cada una de estas circunstancias se presentan bajo el influjo de una atmósfera abrazadora, cuyos efectos sean primitivos, sean secundarios, modifican tanto hasta las últimas particulas vivientes de nuestra economía...? Lo que puedo asegurar es que he observado esta especie de anomalía en circunstancias que me he creido fundado para poder referirla á alguno de los casos indicados y que ella se presenta mas raramente en los mexicanos blancos y mucho mas aun en los de otras naciones, y que entre unos y otros, los marineros segun fácilmente se puede deducir de lo que se acaba de esplicar, son aquellos en quienes se encuentra con mas frecuencia; bien que esto no se verifique en la absoluta mayoría de los casos, como lo comprueban numerosas observaciones hechas en individuos de esta clase, por los cirujanos de buques de guerra franceses estacionados el año último en la isla de Sacrificios cerca de Veracruz. Atacados de la fiebre amarilla los enfermos de estos buques, nada de particular presentaron en el estado de las encías, ni aun en el periodo inflamatorio de la enfermedad. La distincion que acaba de hacerse podrá sin duda aplicarse en mas de un caso.

¿Quiere saberse cómo el signo de las encías puede haberse mostrado algunas veces antes de la invasion de la fiebre amarilla? Remitimos sobre el particular á nuestros lectores al siguiente párrafo de nuestra Tésis.

„¿Cuál es el estado de un europeo que llega á las colonias? Está sometido por la accion del calor á la impresion de un estímulo que excita mas ó menos to-

das las partes de su organizacion y exagera las funciones de aquellas: en él, por lo general, el apetito está mas pronunciado, la circulacion mas activa, la memoria mas pronta, la imaginacion mas brillante, mas vivo el espíritu: tiene una irresistible inclinacion á la alegria los placeres y sobre todo los del amor; parece que el fuego de los trópicos reanima en él la flama vida. Estos efectos serán tanto mas notables cuanto el individuo sea mas sanguíneo, mas vigoroso, mas susceptible; sobre todo si se halla en aquella época brillante de la vida llamada por Buffon la primavera de la naturaleza. ¡Pero cuán engañosas son estas apariencias! Puede decirse que la enfermedad corona su víctima."

¿No es esto un eretismo general? ¿Y podrá estrañarse que enrojeciéndose todos los tejidos, sobre todo la mucosa intestinal, se desenvuelva simpáticamente este color en las encías y consiguientemente la tumefaccion de su borde libre teniendo el sugeto ciertas predisposiciones?

De lo dicho habrá podido deducirse que la fiebre amarilla es susceptible de presentarse, ya acompañada de la rojura de la lengua y de la mucosa labial y bucal con ó sin el signo indicado por el sr. Chavert, ya aunque mas rara vez, de la blancura ó del estado natural de estas mismas partes: puede ser útil esplicar esta diferencia; yo he creido encontrarlas en la que resulta del temperamento de los enfermos y de la localizacion de la enfermedad, ó si se quiere mejor de las concentraciones flecmasicas en tal ó tal parte del tubo intestinal. Cualquiera que sea el temperamento del individuo, si predomina la flogosis gástrica, la lengua y la mucosa bucal aparecerán inflamadas á causa de su proximidad al centro afectado:

si por el contrario la inflamacion de los intestinos y en particular de los gruesos es mas intensa y el sugeto mucoso, como la revulsion es fácil, se concentra la irritacion en las partes inferiores, y estableciéndose entonces una derivacion y una hemorragia en estos mismos puntos, los mas superiores quedan blancos y como exangües; sin que esto se oponga sin embargo, á la ligera ecsudacion sanguinea que se manifiesta bajo la forma de pequeñas costras y que he señalado mas arriba como medio de diagnóstico: de aqui viene que las evacuaciones sanguineas se verifiquen por el recto en este caso las mas veces. ¿Existe por el contrario la irritacion en las mismas partes indicadas en un sugeto muy vigoroso con predominio del sistema circulatorio? Entonces esta irritacion no pudiendo operar una revulsion suficiente, se repite en virtud de un aumento en las fuerzas de reaccion y por continuidad de tejido sobre toda la estension de la membrana hasta la abertura misma del tubo intestinal en donde ella se muestra con los caracteres mas distintos y esto es lo que esplica por qué en tal circunstancia la hemorragia puede verificarse por las vias superiores é inferiores, ó indiferentemente por unas ú otras.

Esta doctrina no es, como se sabe, la del sr. Chavert: en primer lugar él no admite casi concentraciones puramente flecmasicas en la fiebre amarilla; y me será fácil probarle lo contrario como me he propuesto hacerlo en otra parte, aun como una consecuencia inevitable de los principios y de los hechos que ha admitido en su obra (1). En segundo, no ha pro-

(1) Siendo tan numerosas y variadas las teorías sobre la inflamacion haré conocer en otra vez la que he adoptado: báste-

curado establecer ninguna sobre el análisis de los hechos con relacion al fenómeno de que se trata: se ha contentado con ver el objeto por un solo lado, aquel que le pareció mas lisongero, ya desatendiendo los datos contrarios, ya dándoles una interpretacion favorable; ó cuando estos hablaban fuertemente contra él, señalándolos como escepciones que solo servian para dar un nuevo realce, un nuevo grado de importancia á la regla general: asi vencido por la evidencia no niega que haya casos en que la fiebre amarilla se presente sin el signo de las encias; pero en ellos, dice que la enfermedad es constantemente mortal.

Esta opinion no es conforme ni al raciocinio, ni á la esperiencia: se acaba de probar por lo que toca al primero; en cuanto á la segunda, ademas de los hechos contrarios que he referido podria citar centenares mas, todos en el mismo caso y tan concluyentes como aquellos. Por otra parte se siente desde luego la fragilidad del fundamento de semejante distincion; el amor propio puede hallar en ella con demasiada facilidad los medios de lisongearse para huir del escollo. Si un individuo que nunca presentó el signo de las encias sucumbe despues de habérselo observado en la enfermedad los signos irrecusables de la fiebre amarilla, se canta victoria: „*bien se habia dicho.*" Si no muere, puede huirse la dificultad negando que era la „*fiebre amarilla.*

Con la mejor fe del mundo tal cual la creo en el autor que combato, se puede recurrir á este subterfugio tanto mas cuanto que los casos de curacion

me por ahora decir que mi modo de ver sobre los fenómenos que la constituyen tal, es en mi concepto enteramente opuesto al del sr. Chavert.

de esta enfermedad sin hemorragia, no son raros y que en la especie de que se trata, estos flujos sanguíneos se verifican por el recto; menos apreciables por consiguiente y mas dificiles de reconocerse hallándose mezclados con las materias fecáles. Dejado á un lado este signo (el de la hemorragia) se pueden eludir fácilmente todos los otros y con ellos la existencia de la fiebre amarilla (1).

El lector se habrá convencido aun por las solas razones de *causalidad*, que hay casos numerosos fuera de la fiebre amarilla en que puede mostrarse el signo en cuestion, entre los cuales ha de figurar la fiebre dicha *inflamatoria* y sobre todo la irritacion de la mucosa gastro-intestinal: he tenido ocasion de señalar aun en México esta coincidencia á algunos profesores de rango, quienes á su vez me la han hecho reparar á mí mismo: en uno de estos casos que se versaba en una señorita, por lo demas muy sana, el signo siguió la razon directa de la afeccion gástrica de que adolecia. Como quiera que la fiebre amarilla se complica muchas veces con *gástritis* y casi siempre con una viva perturbacion excitante del sistema sanguineo, se concibe fácilmente que por consecuencia de ésta complicacion, *pósitis ponendis* ha de aparecer el mismo signo. Pero se dirá: „hay en la fiebre amarilla alguna cosa particular que notar en dicho signo;" y he aqui precisamente lo que no admito. Si se me oponen algunos matices de color, podré probar, tanto por la observacion directa como por la induccion, que dependen de circunstancias es-

(1) Existen, ademas de esto, enfermedades diferentes de la fiebre amarilla, especialmente ciertos tifos en que se verifican estas especies de hemorragias.

trañas al caso de que se trata; y que del mismo modo se puede esperar esta variedad de colores fuera de la fiebre amarilla, desde el rojo-rosado hasta el violado, como en esta enfermedad. Lo mismo es y ha de ser en cuanto á la *forma, la estension &c.* Respecto de la última modificacion que se presenta á mi memoria, *la tumefaccion de las encias* ó aisladamente, *de su borde libre,* hay que dar una pequeña esplicacion. Si se comparan las encias de un sugeto que adolezca de una fiebre amarilla complicada de gástritis y que presente el signo gengival con las de otro afectado de una simple gástritis, pero tan aguda como la primera y con el mismo signo resultando de la enfermedad como en el primer caso, y presentando ademas, el mismo temperamento, las mismas circunstancias, &c., digo que la tumefaccion será igual: ¿y por qué? porque la causa es la misma. Esta tumefaccion será al contrario desigual y menor en el último individuo en el caso de no presentar á la comparacion sino una gastrisis crónica, porque siendo entonces la causa modificada, no se puede decir idéntica, y las simpatías por continuacion de tejido son mucho menores. Ahora, háganse variar las circunstancias de los sugetos comparadas segun las diferencias de temperamento, de constitucion, de predisposicion, de hábito; y á pesar de las que resulten del estado agudo y crónico, podrá hacerse pasar la tumefaccion arbitrariamente de un lado á otro, á uno ú otro de dichos estados, á tal ó tal enfermedad, á tal ó tal causa susceptible de producir la coloracion del borde libre de las encias sin que jamás pueda llegarse á nada de característico para la fiebre amarilla.

En medicina las ideas mas singulares han encon-

trado siempre partidarios entusiastas de buena fe, sobre todo en sus autores. ¿No creyó, v. g. el fogoso Paracelso tener encerrada en el puño de su baston una droga infalible para la inmortalidad y sobre cuya garantía pensó poder entregarse á los desórdenes que terminaron su vida á la edad de cuarenta y ocho años? ¿No miraron muchos médicos el líquido urinario como una especie de espejo capaz de reflectar á ojos atentos hasta los secretos mas íntimos de nuestra organizacion, y en consecuencia todas las enfermedades cualesquiera que fuesen, y no solo las presentes sino aun las futuras? ¡Y á qué de sutiles y especiosas distinciones no han recurrido todos para salvarse de los ataques de la sana razon! No seria pues estraño que para salvar el honor del signo de las encías y evitarlas un naufragio indispensable, se ocurriese á semejantes distinciones.

¿Pero como puede existir tumefaccion solo al borde libre de la encia superior? La textura de este órgano y su posicion esplican bastantemente este fenómeno. La parte del borde libre de ella, la que es mas pegada á los dientes, siendo de un tejido mas denso que lo demas, se conoce que la sangre que se derrama y cae de arriba abajo por las leyes de la gravedad, ha de ser detenida en el lugar referido, y formar allí mismo un segmento hinchado: la sola mucosa del mismo órgano separada del tegido *gengival* subyacente puede producir semejante efecto. No sucede esto en la encía de la mandíbula inferior por una razon contraria; entonces la sangre trasudada de los capilares no debe acumularse en su borde libre sino en el que le está opuesto, de donde proviene que esta última parte solo ha de ser semejante en las circunstancias de que se trata.

Por lo demas la cuestion hallándose así desviada

de su lugar y reducida á debatirse y sutilizarse sobre algunos matices muy difíciles de distinguir, aun cuando presentase algo de verdadero, se percibe el poco interes que ofrece y ninguna utilidad para la ciencia: ella en efecto nada ha aprovechado en esta esgrima, mucho mas el raciocinio solo sacado de la analogia independientemente de los hechos bastaria para demostrar la nulidad de tal signo. ¿Qué relacion puede haber en efecto entre las encias hinchadas ó no y la fiebre amarilla considerada en su esencia?.... Ninguna seguramente; á menos que no se pruebe que el miasma deletereo á que se atribuye la produccion de la fiebre amarilla, haga su primera impresion en la mucosa gastro-intestinal y ocasione desde luego una gastro-enteritis.

He dicho desde el principio que una confianza ciega en el signo ilusorio de las encias podia acarrear muy desagradables consecuencias y lo he demostrado probando que pueden dar lugar por parte del médico á un falso diagnóstico y con este á simples paliativos poco convenientes: *indicatione incerta maneas in generalibus;* ó á un tratamiento intempestivo algunas veces mortal, siempre peligroso, y por parte del enfermo que quiere hallar el mal en sus encias, á un terror funesto, á una fatal seguridad.

Otro género de inconveniente bien penoso para el que se precia de delicadeza y generosidad consiste en la poca esactitud de los resultados y el perjuicio que puede sobrevenir para el gobierno; sin hablar del que pudiera ocasionar á profesores estimables que fundan su diagnóstico sobre bases mas sólidas.

Partiendo de este principio, á saber, que el estado de las encías es un signo característico de la fiebre amarilla, todos los enfermos que se presentaren con

él, se colocarán en esta última categoría; y como un gran número de ellos no tendrá realmente mas que enfermedades inflamatorias ó irritativas, que casi siempre terminarán bien, resultará haberse aumentado con este mismo el de curaciones de fiebre amarilla, resultado sin duda superior al que se obtuviera no admitiendo la existencia de esta última enfermedad sino por signos ciertos y positivos. Un tal inconveniente es aun mas manifiesto, si se admite el signo en cuestion como medio de adivinar la enfermedad, pues comenzando á tratarse fundándose en semejante indicio, se podrá persuadir el aborto de una enfermedad que no existió ni aun en germen; á no ser que se logre formar una artificial, la que no siendo tan peligrosa como la fiebre amarilla, no producirá grandes cambios en los resultados y se salvarán maravillosamente las apariencias. De este modo inducido en error el gobierno creyendo que es fácil prevenir la enfermedad por un tratamiento profilactivo eficaz ¿no se determinará á mandar en la mala estacion tropas ó personas á quienes el signo de las encias no salvará ciertamente de la muerte....?

Por otra parte, si bastáse este pretendido signo con los síntomas de una reaccion mas ó menos viva, para establecer la existencia de la fiebre amarilla, no hay duda que pudiera invadir muchas veces en la vida. ¿Y cuáles serian las consecuencias de esto? Que un gran número de individuos á pesar de estar realmente exentos de tal enfermedad para siempre, por haber pagado ya éste terrible tributo, desconfiando de los socorros del arte, aunque invocados bajo los auspicios de la señal de las encias, se negarian á volver á los lugares infectados temiendo no ser esta vez tan felices como ántes y renunciando quizá destinos

ya militares, ya judiciales, ya administrativos igualmente útiles á sus propios intereses que á los de la nacion, que se quedaria frustrada ridículamente, al mismo tiempo que otros, como ya se ha dado á suponer, no creyendo en la residiva del vómito y habiéndolo pasado en su concepto porque sus enfermedades en las tierras que asola esta plaga fueron acompañadas del signo en cuestion, emprenderian sin otro fundamento con riesgo de su vida, lo que rehusarian los primeros.

Y la ciencia ¿cuál seria su suerte en medio de semejante innovacion?....No seria menos triste seguramente: ella pues se veria despojada de un principio que le era tan apreciable adquirido á costa del tiempo y de las observaciones repetidas de un sinnúmero de sábios, que era el único consuelo de los que se habian librado de la terrible enfermedad y que parecia ser como una indemnizacion que les ofrecia la naturaleza, es decir *la propiedad de no atacar mas que una sola vez en la vida.* ¿Quién en lo venidero se atreveria á fiarse de sus promesas consoladoras, en la cuestion de que se trata? ¿Podria ella justificar esta bella definicion que se ha dado de sus ministros, *quid est medicus nisi animi consolatio?*... No, nadie querria en adelante tan impugnados como riesgosos consuelos, su voz no seria escuchada de nadie y solo vendría á ser el blanco de injustos recelos, de injustas preocupaciones. ¿Y puede calcularse ahora hasta donde llegaria una desconfianza semejante? ¿Acaso el miedo raciocina ó conoce límites?...

Señalar tales consecuencias es bastante á mi parecer para determinar á un hombre de honor, cualquiera que sea el apego que tenga á sus producciones, á que sujete á una nueva revision y en con-

secuencia á sacrificar un descubrimiento que es aun mas capaz de comprometer su conciencia y su delicadeza, que procurar á su amor fáciles triunfos: yo he emprendido esta tarea con el designio de ser útil á la ciencia y á la humanidad, asi como al pais que me ha dado algunas pruebas de confianza: por lo demas, no he hecho sino responder á la invocacion que por su amor bien conocido á la verdad, el sr. Chavert ha dirigido á todos los prácticos, que por su posicion pudieran aclarar este punto de la medicina tan oscuro cómo importante. Otra vez me esplicaré con igual franqueza sobre diferentes partes del mismo objeto, principalmente por lo que mira al tratamiento profiláctico y curativo. *Restauratio facienda est ab imis fundamentis.*

De todo lo dicho se debe concluir:

1.º Que los individuos de rasa indiana sin estar enfermos, ó estándolo de otros males diferentes de la fiebre amarilla, ó en circunstancias estrañas á este último caso, presentan el signo indicado por el sr. Chavert.

2.º Que los blancos lo presentan mas raramente; y entre los individuos de este color, los de ciertas ocupaciones mas que otros.

3.º Que el estado de las encias no suministra signo alguno precursor de la fiebre amarilla.

4.º Que tampoco es signo patognomónico de esta misma enfermedad, ni señal que pueda ayudar de modo alguno ni en ninguna circunstancia al diagnóstico.

5.º Que no es raro en varias circunstancias de fiebre amarilla hallar esta enfermedad, no solo con blancura de las encias, sino tambien con la de la membrana mucosa labial y bucal.

6.º Que es inesacto decir: que la fiebre amarilla con esta blancura sea mortal.

7.º Que la fisiologia puede servir para esplicar este estado particular; asi como el opuesto, y demostrar la futilidad de las consecuencias que se han querido deducir.

8.º Que en el estado actual de la ciencia, las costras negruzcas de sangre desecada que en un gran número de casos de fiebre amarilla se depositan en diferentes puntos de la mucosa labial y bucal, son unos de los principales medios de diagnóstico (1).

9.º Que por el contrario, el estado de las encias tomado no solamente como signo patognomónico sino aun como precursor, puede traer fatales errores, grandes abusos, y ofender la delicadeza de aquel que lo propuso y del práctico que lo adoptare.

(1) Hablo solo con relacion á lo que he visto generalizando mis observaciones: la esperiencia nos enseñará despues los límites á que debemos reducirnos.



MÉXICO: 1830.

Imprenta de Galvan á cargo de Mariano Arévalo. Calle de Cadena n.º 2.

